

---

*Víctimas de la investigación científica*

El camino del adelanto científico está en el campo veterinario, lo mismo que en el médico, sembrado de muchas víctimas. Son ellas estudiosos investigadores que, impulsados por el ardiente deseo de esclarecer puntos oscuros de nuestra ciencia y con el objeto de encontrar nuevos medios de defensa contra las enfermedades de los animales y del hombre; sacrificaron en los Laboratorios su existencia. Tan sólo quien conoce la veterinaria únicamente por el trabajo de empíricos ignorantes y por las palabras de detractores sistemáticos no puede comprender cuán grande es la contribución científica que dan nuestros investigadores, y de cuántos nombres ilustres e imperecederos está constelada nuestra profesión.

A la ya larga serie de estos mártires debe agregarse el nombre de Luigi Sani, Catedrático de Enfermedades Infecciosas de los animales en la vieja Universidad de Nápoles:

Luigi Sani, llevado por un sitibundo deseo de la verdad científica, audaz en las investigaciones, conocedor de los peligros que le cercaban en estudios de tal naturaleza, anhelaba llevar a cabo investigaciones sobre el muermo o, más exactamente, sobre la posibilidad de prevenir y tratar la temible infección por medio de vacunas al formol. Ya de su trabajo había logrado sacar importantes conclusiones cuando le arrancó la muerte del lado de la ciencia, de la familia y de los amigos.

En el fervor de su trabajo Luigi Sani murió como el artifice al que mata su obra, agregando así su nombre imperecedero a la ya larga lista de mártires beneméritos del adelanto científico, los que en la tranquilidad austera de su laboratorio, frente a los cultivos de sus gérmenes —como los santos ante las imágenes— no temieron anteponer el culto de la verdad y de la ciencia al peligro de holocausto de sus jóvenes vidas. De los límites sagrados de su Laboratorio el nombre de esos mártires vuela más allá de los confines de la patria para eternizarse en la historia del adelanto cien-

tífico. Y hasta cuando el amor por el saber y la ardiente fiebre de arrancar a la naturaleza sus secretos, difundan sobre la tierra su empuje vivificante, los hombres de todos los países—y más los que viven el trabajo diurno de la conquista de la verdad,—se inclinarán reverentes ante las tumbas sembradas en el camino que ellos mismos recorren y que encierran las víctimas de la Verdad.

Entre las infecciones microbianas que más muertes han causado entre los hombres de ciencia, el muermo ocupa sin duda el primer puesto. El "bacillus mallei", peligro siempre amenazante para la riqueza hípica de las naciones, ha hecho numerosas víctimas entre médicos y veterinarios ocupados en investigaciones de Laboratorio o en la práctica clínica.

Kalming, veterinario ruso, descubridor de la maleína, elemento tan precioso para el diagnóstico del muermo, murió en aras de la enfermedad a la que tanto se esforzó por conocer y evitar. Pompeo Gotti, Director de la Clínica médica de la Escuela Veterinaria de Bolonia, murió en el año de 1860 por infección contraída al practicar la autopsia de un caballo muermoso. Francisco Velluti, de Padua, terminó su vida en 1892, por una infección de muermo contraída en el Laboratorio en el curso de aquellas investigaciones que bajo la dirección de Bonome contribuyeron tanto al conocimiento de la pavorosa enfermedad. En 1895, el doctor Mamos, del Instituto Pasteur, fallecía también de muermo, después de año y medio de crudelísimos dolores. En el mismo año otra víctima de la terrible infección—el doctor Luigi Villa, del Instituto Seroterápico Milanés—moría por haberse picado un dedo mientras con un cultivo inoculaba animales de experimentación. En 1898 terminó su vida en París, también muermoso, el doctor Protopopof. Al año siguiente, Guiseppe Bosso, Ayudante del Profesor Perroncito—de la Escuela Veterinaria de Turín—tuvo la desgracia de que se rompiera en sus manos un cultivo de bacilo de muermo, hirriéndose con los vidrios del tubo; la infección así contraída avanzó rápidamente, matándolo en ocho días, horriblemente deformado, por las típicas lesiones de la enfermedad. En 1900, el doctor Knorr, de la Escuela Veterinaria de Mónaco,—valioso colaborador de Behring y de Koch—daba el tributo de su existencia joven por una infección contraída en el Laboratorio mientras trabajaba para atenuar el bacilo Malei.

En la Oficina de Análisis de la ciudad de Praga, se desarrolló en el año de 1910 una verdadera tragedia: el doctor Luksch, bacteriólogo de la Universidad, por habersele roto su centrifuga, lle-

vó un cultivo de muermo al colega doctor Arnoscht, para que fuera centrifugado en la Oficina de Análisis Municipal, a cargo del citado doctor Arnoscht. En el curso de la operación un tubo se rompió y el virus en él contenido se difundió por toda la Oficina. En muy breve tiempo el doctor Luksch, el doctor Arnoscht y dos ayudantes enfermaron de muermo para morir poco después. En 1924 el doctor Darnek, de la Escuela Veterinaria de Borno, en Cchekoeslovaquia, murió de muermo contraído en el Laboratorio, y su colega del Instituto de Anatomía patológica de la Universidad, se infectó a su vez al practicarle la autopsia y murió. Fue, finalmente, en estos últimos meses cuando fallecieron, de infección muermosa, dos catedráticos de la Escuela Veterinaria de Angora.

Luigi Sani, el joven sabio italiano, ve hoy su nombre escrito con letras de oro al lado de tantas víctimas del muermo. El nombre de todos aquéllos, cuya vida rompió el "bacillus malei", está cerca al de los muertos por otras infecciones, al de las víctimas de otras hazañas, al de los héroes de otros ideales. Son todos magníficas figuras que vivirán eternas en la memoria de la humanidad agradecida, mientras haya en el mundo quienes crean y practiquen la religión del deber.

D. G.

---